

Distribucion de los socorros.

La proteccion de la Sociedad empieza en el instante de nuestro nacimiento ; pero basta que repela toda violencia ó injuria exterior , pues la naturaleza mucho mas pr6vida , confi6 al amor maternal los cuidados , el esmero , la tierna é inquieta solicitud que tanto necesitamos ent6nces.

Exp6sitos.

Esta verdad no admite mas excepciones que para aquellas tristes v6ctimas de una preocupacion funesta , que hallando desierta y desamparada su cuna de todos aquellos protectores que la naturaleza las habia destinado , llaman mas eficazmente la Sociedad entera , é imploran no solo su proteccion , sino tambien su beneficencia , su ternura ; en una palabra , los afectos y el corazon de la madre que buscan en vano.

¡ Ah ! este es sin duda el mas sublime y el mas interesante de los ministerios de la Sociedad ; pero ¿ c6mo est6 desempeñado entre nosotros ? Si la institucion

en sí misma basta para llenar el corazon sensible de admiracion y de gratitud , los efectos que produce le horrorizan y despedazan....

¿ Y de quantas reflexiones , todas igualmente dolorosas , es susceptible esta materia ? ¿ Qu6 fatales y qu6 cruelmente combinadas ser6n las leyes que han podido vencer á este punto las mas poderosas inspiraciones de la naturaleza , y hacer que un padre y una madre desamparen á sus hijos en aquel instante que amansa las fieras mismas , y no presenta en las selvas toda la energía del amor paternal ! El interes de las costumbres , las ideas de honestidad , de decencia y los derechos sagrados de las familias , prohiben la union promiscua de los sex6s , y deben conspirar por todos los est6mulos de que sea capaz el corazon humano , á afianzar la santidad de los matrimonios ; pero porque una muger careci6 de una virtud ¿ se la deber6 precizar á abjurar las demas ? Porque pec6 ¿ se la habr6 de inducir á cometer un delito ? Porque quebrant6 un precepto de la sociedad ¿ se la deber6

impeler á que atropelle la naturaleza ?
 ¿ No pudiera existir algun medio político
 de reconciliar con el honor á aquella mu-
 ger frágil, que solo ofendió el recato ?
 El cumplimiento exácto de las obliga-
 ciones de madre ¿ no pudiera hacer olvi-
 dar el delirio momentáneo de una amante
 crédula y fácil ? Nuestras leyes tan poder-
 osas para criar y fomentar preocupacio-
 nes destructivas, ¿ no deberian reempla-
 zarlas con opiniones mas humanas y mas
 útiles ? ¿ No pudieran reservar exclusi-
 vamente la infamia para los verdaderos
 delitos, y dictadas por hombres y para
 hombres, inspirarnos aquella indulgen-
 cia, cuya necesidad nos atestigua á cada
 instante nuestro propio corazon ? Pero,
 no, mintiéndonos á nosotros mismos,
 profesando de boca, y para los demas
 una severidad que nos condena; nuestras
 instituciones parecen suponer una per-
 feccion quimérica, solo para conceder
 á algunos individuos el derecho de dis-
 tribuir á su antojo el castigo y la impu-
 nidad.

¡ Ay, amigo ! ¡ qué punto este para la

meditacion y la pluma de vmd. ! La mia
 se ha dejado arrastrar por el interes que
 me inspira, y sin embargo veo que se
 tardaria demasiado en socorrer á esta pri-
 mera necesidad de la sociedad, si se hu-
 biere de esperar que una legislacion mas
 justa y mas consiguiente la extinguiese
 ó la minorase. Exâminemos, pues, có-
 mo debe desempeñar esta grande obli-
 gacion.

Veó desde luego resultar un gran be-
 neficio en que el párroco sea individuo
 de la junta de caridad : su ministerio le
 impone el secreto, le da un ascendiente
 irresistible sobre la madre infelice, so-
 bre los parientes, y sobre la opinion : pue-
 de sin escándalo, de acuerdo con la fa-
 milia, alejar y ocultar la madre, asegu-
 rarla todos los socorros que necesite su
 estado : proteger el nacimiento y la nu-
 tricion de la criatura, ó por la madre
 misma, ó por una extraña; puede con-
 ciliar el decoro con la beneficencia y la
 severidad de la moral con los intereses del
 estado. Sepan todas las mugeres que su
 pastor espiritual será el consolador y el

depositario de su fragilidad , y que no vivirán deshonradas si observan religiosamente las obligaciones de madre : tengan los pastores la autoridad y los medios de desempeñar un ministerio tan interesante ; y la religion será mas respetable , y sus ministros mas preciosos , y no verá con horror la humanidad criaturas ahogadas , desquartizadas ó expuestas á la inclemencia de los elementos , ó á las injurias de los animales. No las verá si se libran de estos primeros riesgos , amontonadas en edificios suntuosos , pero que carecen de lo único que necesitan , en que cinco ú seis niños infelices se disputan los pechos agotados de una misma ama , que les reparte un alimento distinto de aquel que la naturaleza proporcionó á nuestra delicada infancia.

Pero ¿ he acabado esta fiel y horrible pintura ? No por cierto : dentro de muy pocos dias estos hijos de nuestra inhumana caridad si han sobrevivido á tan áspero ensayo , marcharán tal vez á lugares muy distantes , y allí quedarán entregados á unas amas , que solo los admiten á falta

de otra cria mas útil , y los dejarán gustosas al menor aumento de salario que se las presente.

¿ Quiere vmd. ver donde está el remedio de estos funestos inconvenientes ? Obsérvese el esmero y el afan con que en el pueblo de las ciudades , como de las aldeas , vecinas , parientas y amigas , se acercan á auxiliar á una muger que está de parto : este suceso suspende todas las rencillas y todas las murmuraciones : parece que el recién nacido es el hijo de todas ellas , segun los alhagos y caricias que le prodigan : quién le viste ; quién le ofrece el pecho ; quién le pasea ; quién procura adormecer sus dolores ; y , sea legítimo ó no lo sea , siempre que otras mugeres asistan al parto , el efecto ha sido y será siempre el mismo : allí está la naturaleza , que no deja lugar á estos escrúpulos convencionales.

Este es el orden que debemos seguir : si la madre no puede estar rodeada de los suyos , la caridad ingeniosa la substituirá otra familia para aquellos instantes críticos ; pero no una familia de empleados

mercenarios, en quienes la continuacion del mismo espectáculo haya destruido la sensibilidad que inspira, sino una familia escojida; y no será por de contado entre las mas pobres, donde se encontrará ménos humanidad y virtud.

Si la madre no pudiese criar, la familia adoptiva quede encargada de atender á que el ama cumpla las obligaciones de su destino, sea el salario de esta superior, y no inferior al que podia esperar de qualquiera otra cria, y con él compense las dádivas, los regalos y la proteccion que se prometeria de los padres: señálese una gratificacion al ama que presente á los veinte y quatro meses su criatura sana y robusta: otra mas considerable para los ocho años cumplidos: otra por fin, para los catorce ó quince; en una palabra, desempeñe la Sociedad todas las obligaciones de padre, hasta conducir su alumno, á aquella época en que dice á todos los ciudadanos: « he cumplido con » mi deuda, ya empieza la tuya. »

La naturaleza ya inclinó á las amas á encariñarse con sus crias; ¿qué será

quando el interes, léjos de alterar esta tendencia la corrobore: quando á la compañía de algunos meses se añada la de una larga cohabitacion y costumbre: quando se hayan arraigado los afectos recíprocos de padres é hijos: quando el alumno de la madre, se haya hecho el compañero del marido y del hijo? Es imposible dejar de ver los efectos que han de resultar de este sistema para la humanidad, las costumbres; y sobre todo, para repoblar nuestros campos, que tantas extravagancias conspiran á destruir.

Todas estas consecuencias son palpables á qualquiera que estudie este punto, guiado de su entendimiento, de su corazon y de sus ojos; pero los mas de nuestros legisladores parece haber jurado olvidarse, quando se trata de aplicarlo al gobierno, de lo que han observado, y de lo que sienten dentro de sí mismos. Cuente vmd., pues, que si estas reflexiones mias, dictadas por la humanidad, se publicasen, el primer premio que recibiria de ellas, seria el baldon de

impío y de protector de las malas costumbres; y sin embargo, interróguense todas estas víctimas de nuestro incesante é ineficaz rigorismo, todas estas mugeres, objeto de los placeres, de la corrupcion, y del desprecio de nuestras ciudades populosas, todas, casi todas fuéron seducidas, engañadas, sacrificadas por nuestros perversos sistemas, y arrastradas á una degradacion que, no pocas veces, causa su tormento. Jamas saldrá de mi memoria lo que decia una de ellas, con aquel acento inimitable de la verdad y del dolor: « ¡Qué injustas y crueles son las leyes con nosotras! Nacida en un estado pobre; pero criada en las máximas mas estrechas del recato y de la virtud, cedí á mi corazon y al amor de un jóven mi igual, que se hallaba contraído en secreto con otra. Habiéndose traslucido las consecuencias de esta primera fragilidad, hecha el objeto del rigor inconsiderado de mi familia y de la murmuracion de quantos me conocian, tuve que evitar ámbas persecuciones en una ciudad: quise servir;

» mi estado me descubrió, y desacomodó muy presto: imploré el amparo de uno de aquellos establecimientos dedicados al parecer á estos objetos; pero sus leyes me excluían hasta la inmediacion del parto: tuve que refugiarme en casa de una muger, que la indigencia habia envilecido: para pagarla, y subvenir á las primeras necesidades de la vida, tuve que principiar este infame oficio: me hallé precisada á abandonar á mi hijo; y sufriendo los trabajos y dolores con que la naturaleza pensiona el nombre de madre, hube de renunciar á todos los consuelos que le endulzan. Desde entonces, ningun dia sin lágrimas, sin remordimientos, y sin el continuo martirio de mis sentidos y de mi corazon: igualmente infeliz quando el infame salario profana las predilecciones de que es susceptible, como quando acalla y reprime la aversion y la repugnancia: siempre acosada por la necesidad y la opinion: irrevocablemente desechada por la sociedad:

» precisada al vicio que castiga : con-
 » denada, quando quisiera contentarme
 » con el mas parco sustento, á ganar
 » aun con que saciar la codicia, y de-
 » sarmar la severidad : no pudiendo des-
 » cansar un instante, ni en lo pasado
 » sin remordimiento, ni en lo presente
 » sin dolor, ni en lo venidero sin es-
 » panto : la muerte es el único puerto
 » que me queda... Hombres inconse-
 » cuentes y desapiadados, que respetais
 » la corrupcion debajo el dosel, y sola-
 » mente quando toda conspira á hacerla
 » indisculpable : ¡ah! no, no es el vicio
 » el que castigais, es siempre la debili-
 » dad y la desgracia; pero sáciese de una
 » vez vuestro implacable rigor : con-
 » templad nuestra suerte : es tan atroz
 » y tan horrible, que bastaria á expiar,
 » no digo nuestras culpas, pero tal
 » vez, vuestros mucho mas exécrables
 » delitos. » Tal era en substancia el
 language de esta muger, y se veian en
 su semblante quando hablaba así las lá-
 grimas ardientes, y la desesperacion de
 la virtud indignada.

Si es imposible recorrer el triste cír-
 culo de las miserias que tienen derecho
 á los socorros de la sociedad, sin dejarse
 arrastrar de las reflexiones y afectos que
 excita este interesante asunto : si aun
 despues de haber omitido mucho, pa-
 rece todavía episodio el punto de los
 niños expósitos, ¿qué campo no pre-
 senta á la meditacion y al discurso el
 hombre criado ya y adulto; pero pos-
 trado por la enfermedad, y destituido
 de socorros, quando mas los necesita?
 Nuestra caridad le da la mano, es cierto,
 y le conduce á nuestros magníficos y
 multiplicados hospitales; pero ¡justo
 Dios! ¿qué caridad? ¿Pudo jamas la
 tiranía mas ingeniosa, y mas intensa-
 mente combinada, reunir en tan corto
 espacio mas insultos á la humanidad? A tí-
 tulo de darla algunos socorros de una
 arte imperfecta siempre escasos, siempre
 atropellados, y por consiguiente fre-
 cuentemente ineficáces, quando no ho-
 micidas; se la quitan por de contado
 todos los beneficios y auxilios de la na-
 turaleza, la ventilacion, el sosiego, los

consuelos, el esmero del parentesco, del amor y de la amistad : allí léjos de distraer al enfermo, concurren como á porfía todos los objetos capaces de atormentar su imaginacion : las quejas de los compañeros de sus dolencias ; los cuidados asquerosos que exigen ; el pronóstico fatal de su éxito ; los moribundos, los muertos, el semblante encallecido, las almas férreas de aquellos sirvientes, que un largo hábito ha endurecido contra toda sensibilidad, y que reducen á un mecanismo ó tráfico vil la sublime ocupacion de aliviar á sus semejantes ; todo, todo parece destinado á rodear de martirios á los enfermos, y á hacerles beber las heces amargas de la vida ántes de permitirles que la dejen. Pero ¡ qué digo ! ¡ oh horror ! ¡ oh delito ! ¿ Quales no serán las angustias de la infeliz víctima, quando en aquellas salas, teatro de todas las miserias humanas, oiga las indecentes risadas, y las truhanerías insultantes, que á veces ahogan los acentos del dolor, ó interrumpen el espantoso silencio de la muerte?... Un

hombre padece, ¡ y otros juegan á su lado ! un hombre espira, ¡ y sus semejantes se alegran !... Pues ¡ y aquellas sirvientas con sus trages, con su procaacidad, y con las ideas que inspiran ? Y en medio de todos los males, en presencia de la muerte, sobre los mismos cadáveres... Vmd. y yo hemos sido consiliarios de estos hospitales : invoco su memoria : yo no he hecho mas que indicar una porcion cortísima de las reflexiones que excitó en mí este espectáculo.

Pues si tales inconvenientes son inseparables de este género de establecimientos, ¿ podrá dudarse de la suma utilidad de suprimirlos, ó reducirlos al menor número, y á la menor extension que sea posible ?

Qualquiera hombre que tenga un hogar, una familia, un amigo, no necesita de hospital, y estará mejor asistido en su domicilio. Allí se curarian mejor quantos enfermos pueblan nuestros hospitales : allí tendrán los mismos socorros, siempre que los facultativos esten distribui-

dos con la debida proporcion , y que cada pueblo que pueda sufragarlo , mediante la dotacion proyectada de socorros , tenga médico , cirujano , botica , y que las aldeas inmediatas puedan acudir y valerse de aquellas proporciones. Arreglado así , quedarian solo para los hospitales , ó aquellos hombres destituidos de toda conexi3n y parentesco , ó aquellas enfermedades contagiosas , ó aquellas que piden operaciones extraordinarias. Para todos estos objetos convendria que en cada partido hubiese hospitales dirigidos por otros principios ; y en esta parte nuestros vanos reglamentos nunca reemplazarán los institutos sublimes de San Juan de Dios , ó de las Hermanas de la Caridad. La religion sola puede imitar , substituir y exceder á la misma naturaleza : léjos , pues , todos los mercenarios de aquellos asilos de la humanidad : por de contado su administracion será pura , como el motivo que la animó ; y reducida á un cortísimo número de enfermos , será sencilla é ilustrada. No hago mas que poner en el papel lo que presenta á la vista del hombre.

de ménos reflexi3n , el cotejo de los pequeños hospitales con los grandes , el de los que estan confiados á aquellas congregaciones religiosas , con los que en apariencia se gobiernan por ilustres juntas (en que bajo el título de caridad halla fomento nuestro insensato orgullo) , y en la realidad se dirigen y administran por unos asalariados subalternos. Para estos impasibles calculadores , el servicio del hospital será siempre un empleo , los pobres un objeto de especulacion , y los muertos y los curados un guarismo de mas ó de ménos.

En una palabra , reducir los hospitales á lo meramente preciso , despues de haber apurado todos los medios de evitarlos , y poner exclusivamente en los brazos de la piedad aquellos pobres , á los quales la naturaleza ó la amistad niegan los suyos : tal es el temperamento que la Sociedad debe adoptar para los enfermos.

Si se tratase , ó de extender este proyecto descendiendo á sus pormenores , ó de justificarle contra las ilusiones de la preocupacion y del zelo , sin duda

no bastaria lo expuesto; pero solo se trata de indicarle, para probar que no queda omitido en la enumeracion de socorros públicos, y que se combina, en vez de oponerse, con la nueva y legitima organizacion que se propone.

Un enfermo, cuidado por los suyos, visitado por facultativos, que pueden asistirle con mas despacio y atencion, y cuyo crédito se interesa en la conservacion de un hombre fiado á su inteligencia y desvelo: un enfermo consolado por la amistad, que ve su familia mantenida por la misma mano que le socorre (pues la limosna que proporciona caldo al uno, da sustento á la casa); quieto, sereno y con un ayre puro: este enfermo curará mas probable y mas prontamente, ó si su hora ha llegado, morirá con mas resignacion, y al espirar bendicirá y recomendará al amor y á la gratitud de sus hijos la sociedad, que nada omitió para aliviar sus males y los últimos instantes de su existencia.

He disfrutado una vez de este espectáculo interesante: un criado mio, se-

ducido, cometió una de aquellas culpas, que tal vez merecen indulgencia; pero que la seguridad de las casas y el interes público no permiten tolerar: fué preciso despedirle, y se substrajo á la severidad de las leyes; pero muy presto acosado por la miseria y las funestas consecuencias del libertinage que le habia hecho reo, fué su asilo un hospital, donde se paliaron, y no se curaron sus males. Se sentia desfallecer: acudió á mí, le proporcioné en un lugar inmediato una habitacion aislada de las demas, con respecto al contagio de su dolencia: allí se le asistia segun su estado: allí vivió cerca de un año, paseando, respirando un ayre puro, animándose con el calor vivífico del sol, ó distrayéndose con el inocente espectáculo del campo y de las labores rústicas: allí vió venir la muerte con resignacion y constancia; y la memoria de las bendiciones con que pagaba mis cortos beneficios, no ha dilatado pocas veces mi corazón entristecido.

Ello es, amigo mio, que si cada uno quiere reflexionar lo que ha visto, y ob-

servar los sucesos de su vida, encuentra la solución de todos aquellos puntos económicos, que hemos tenido el arte de reducir á problemas.

Curado ó asistido el pobre, quando la enfermedad suspende la energía de su actividad y de sus fuerzas, tambien es justo considerarle, quando una enfermedad habitual las aniquila, y no le deja mas que el peso y las calamidades de la vida, como sucede en los impedidos, en los dementes, en los ciegos, etc...

Si no pueden servir para nada, ¿quién duda que los socorros han de ser absolutos, como las necesidades; y que la Sociedad ha de suplir igualmente para ellos los bienes que no tienen, las fuerzas que no pueden ejercer, y los alivios que una familia pobre no alcanza á proporcionarles? Pero si no llegasen á este último apuro, si no padeciesen mas que una disminucion de facultades, la Sociedad les debe facilitar (y no más), objetos á que aplicar las que les quedan. Este género de imbecilidad abraza á quantos la padecen: por decontado se ve en los

dos extremos de la vida, la infancia y la vejez, y en las mugeres y los achacosos; á todas estas manos mas delicadas y mas débiles, debe la Sociedad una ocupacion constante, proporcionada, y tanto mas fácil, quanto ha de ser general, y libre de todas las sujeciones que pide la perfeccion de las artes.

Ya veo nuestros hospicios con los mismos inconvenientes que nuestros hospitales, y con resultas todavía mas horribles. En nuestros hospitales al cabo se sacrifican los pobres; pero en nuestros hospicios se los degrada y se los perverte. Con las correcciones debidas á la perversidad y á la prostitucion, se junta la educacion de la niñez, y el consuelo de la vejez desvalida: tal es nuestra sabiduría: por fortuna el instinto de dignidad y de honor, que caracteriza á nuestro buen pueblo, ha prevalecido en esta parte sobre quantos esfuerzos se han hecho para alterarle, y le inspira el horror mas justo y mas saludable á los hospicios.

Hemos visto como los enfermos esta-

rán mejor y mas económicamente asistidos en sus casas que en los hospitales. Asimismo estarán mejor ocupados en sus casas que en los hospicios los pobres débiles y acreedores á una ocupacion honesta.

Un almacen de lana, de cáñamo, de lino, de algodón, que reparta entre las mugeres, niñas é impedidos estas materias primeras, recoja y pague el precio de las hilazas que entreguen: tal es en substancia lo que la Sociedad debe proporcionar para socorro de estas necesidades.

Quede todo lo demas fiado á la actividad y á las combinaciones del interes particular. Que estas hilazas se compren y se empleen por los vecinos para fabricar medias ú otros artefactos: que se vendan en los mercados, ó en las ferias vecinas, ó á las fábricas mas cercanas: que algun especulador discurra aprovecharse de esta proporcion y establecer telares; todo es indiferente, y todo llegará á verificarse, porque este es el progreso natural de la industria; pero las

juntas deben solo proporcionar materias primeras, y mantener los pobres con la primera y mas simple de las maniobras.

Esto será demasiado sencillo para nuestros directores proyectistas; pero yo no trato de hacer fábricas de perspectiva: no trato de hacer lucir y premiar tantos protectores de industria con *muestrecitas* y *embelecós*; sino de volver á restaurar los manantiales de la industria nacional, seguro de que por sí misma se abrirá despues las sendas que hubiere de recorrer, mucho mejor que con nuestros perversos reglamentos.

Acuérdese vmd., amigo mio, de los milagros que hizo el Banco en esta parte, quando sin poner una fábrica, sin montar un telar, y solo con anticipaciones y consumo, avivó la industria adormecida ú obstruida de varias provincias, y solo en la de Soria vió en ménos de tres años aumentarse desde tres mil á ochenta mil varas de paño la produccion de aquellos fabricantes. Multiplíquense las hilazas, y muy presto habrá tejidos de todas especies; y quando estos no saliesen de

la esfera de una industria tosca, ¿seria acaso poca ventura el que parte de nuestros pobres se mantuviese vistiendo á sus convecinos, y reemplazase los muchos géneros bastos que hacen á nuestro pueblo tributario de la Inglaterra?

Atendida, pues, esta como las demas necesidades procedentes de la imbecilidad, por medio de una ocupacion proporcionada, solo queda que proveer á los brazos robustos, que la falta de trabajo, ó periódica ú ocasional, condena á la inercia, y por consiguiente á la mendiguez: plaga tanto mas peligrosa, quanto es mas insensible, y que solo se percibe quando es mas difícil de remediar; y sin embargo, ¿quién, con poco que reflexione, no ve nacer en esta falta de trabajo periódico todos los males de la Sociedad? ¿Quién no ve destruir insensiblemente la clase de los pequeños propietarios, aumentar de continuo la superabundancia de riquezas y de poderío en los ricos, reducir á mendigos y vagos nuestros jornaleros, y multiplicando desórdenes y daños de toda especie, acabar

con nuestra poblacion en los hospitales y hospicios?

Estos brazos amenazan á la sociedad entera, y ellos son los que deben dirimir los obstáculos de la naturaleza, dar á la agricultura y á la industria los únicos socorros que el gobierno las debe. Nuestros caminos, nuestros rios, nuestras costas los estan llamando, y aquí empieza propiamente mi obra. Pero ¿como me hubiera sido posible llegar á ella, sin haber indicado y reunido los fondos necesarios á estas empresas, sin haber señalado su administracion, sin haberme hecho cargo de su distribucion en las varias necesidades que debe abrazar; y cotejando siempre lo que se hace con lo que propongo, haber justificado este plan sencillo con las demostraciones de la política y las instancias ejecutivas de la humanidad? Prescindiendo del íntimo enlace que tiene la agricultura con la poblacion, mal se pudiera prometerla quitar los obstáculos de la naturaleza, si el cumplimiento de esta promesa dejase en el desamparo la cuna del expósito, ó

el lecho del enfermo, ó la imbecilidad del sexó y de los años.

Pero reunidos todos los socorros en un fondo de caridad, y atendidas aquellas necesidades, debe encontrarse en su sobrante, no solo el salario de aquellos brazos que ha de emplear en quitar los obstáculos locales que la rodean inmediatamente; sino tambien los auxilios que debe prestar para remover aquellos que no por mas distantes, la interesan ménos; en una palabra, este fondo de socorros debe alcanzar á las dos especies de obras públicas; las que cada lugar puede desempeñar, y las que debe auxiliar, las obras municipales ó de cada pueblo y las generales.

Caminos.

Siguiendo siempre el principio de confiar al interes particular quanto pueda hacer, y de reservar á la accion del gobierno solo lo que sea inaccesible á las fuerzas aisladas de una fraccion del imperio, quedan exáctamente distinguidas las dos clases de obras. ¿Quién será por

consiguiente mas á propósito para dirigir las, hacerlas, repararlas, y atender á su conservacion?

La delineacion de los caminos, esto es, la parte científica de ellos, está hecha: su direccion está señalada por todas partes; con que solo falta ensancharlos ó levantarlos, ó dar pendiente y salida á las aguas, ó añadirles solidez, ó formar alguna alcantarilla. ¿Qual, pues, de estas operaciones es inaccesible á los conocimientos de nuestros jornaleros? ¿Qué lugar no poseerá, ó por sí, ó en sus inmediaciones un maestro capaz de estas obras, que no deben tener mas lucimiento que el de la solidez? Y si en algunas partes hubiese que trazar un nuevo camino, ó construir un puente, ó formar un pantáno, ¿seria tan difícil emplear nuestros ingenieros, distribuidos en cada provincia, para formar mapas exáctos de cada partido y sus comunicaciones, y levantar planos de aquellas pocas obras que necesiten del auxilio de su arte; pero confiando siempre la ejecucion y el desempeño á cada pueblo respectivo?